

Pozo de Jacob



En viaje a Galilea, Jesús pasó por Samaria, el camino más directo. Era ya mediodía cuando llegó al hermoso valle de Siquem, un lugar con buenos pastos.¹ A la entrada de dicho valle, al pie del monte Gerizim y junto a un pequeño pueblo llamado Sicar, se hallaba el famoso pozo de Jacob. Cansado de viajar, Jesús se sentó allí para descansar, mientras sus discípulos iban a comprar provisiones.² El pozo era conocido con ese nombre, por ser el pozo que Jacob cavó. Toda la familia de Abraham, cavó muchos pozos en su peregrinaje y a lo largo de su vida.³ Es también junto a otro pozo donde Jacob encontró por primera vez a su amada Raquel. Allí él le ayudó a remover la piedra de la boca del pozo para que Raquel, que era pastora, pudiera abre-

var a su rebaño de ovejas.⁴ Todavía hoy existe el pozo de Jacob, que aún da agua fresca a quienes se acercan a él. En el tiempo de Jesús, los judíos y los samaritanos eran acérrimos enemigos, y en cuanto les era posible, evitaban todo trato unos con otros. Los rabinos tenían por lícito el negociar con los samaritanos en caso de necesidad; pero condenaban todo trato social con ellos. Un judío no debía pedir nada prestado a un samaritano, ni aún un bocado de pan o un vaso de agua. Los discípulos, al ir a comprar alimentos, obraban en armonía con la costumbre de su nación, pero no podían ir más allá. El pedir un favor a los samaritanos, o el tratar de beneficiarlos en alguna manera, no podía siquiera cruzar por la mente de los discípulos de Cristo. Pero Jesús no pensaba así.⁵

Mientras Jesús estaba sentado sobre el brocal del pozo, se sentía débil por el hambre y la sed. Su sed era intensificada por la evocación del agua fresca que estaba tan cerca, aunque inaccesible para él; porque no tenía cuerda ni cántaro, y el pozo era hondo. Compartía la suerte de la humanidad, y aguardaba que alguien viniese para sacar agua. Se acercó entonces una mujer de Samaria, y sin prestar atención a su presencia, llenó su cántaro de agua. Cuando estaba por irse, Jesús le pidió que le diese de beber.⁶ Ningún oriental negaría un favor tal. En el Oriente al agua se le llama “el don de Dios”. El ofrecer de beber al viajero sediento era considerado un deber tan sagrado que los árabes del desierto se tomaban molestias especiales para cumplirlo. El odio que reinaba entre los judíos y los samaritanos impidió a la mujer ofrecer un favor a Jesús; pero el Salvador estaba tratando de hallar la llave de su corazón, y con el tacto nacido del amor divino, él no ofreció un favor, sino que lo pidió. El ofrecimiento de un favor podría haber sido rechazado; pero la confianza despierta confianza. El Rey del cielo se presentó a esta paria de la sociedad, pidiendo un servicio de sus manos. El que había hecho el océano, el que rige las aguas del abismo, el que abrió los manantiales y los canales de la tierra, descansó de sus fatigas junto al pozo de Jacob y dependió de la bondad de una persona extraña para una cosa tan insignificante como un sorbo de agua.

La mujer se dio cuenta de que Jesús era judío. En su sorpresa, se olvidó de concederle lo pedido, e indagó así la razón de tal petición: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana?”⁷ Jesús contestó: “Si conocieses el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber: tú pedirías de él, y él te daría agua viva”.⁸ Es decir: “Te maravilla que yo te pida un favor tan pequeño como un sorbo de agua del pozo que está a nuestros pies. Si tú me hubieses pedido a mí, te hubiera dado a beber el agua de la vida eterna”. La mujer no había comprendido las palabras de Cristo, pero sintió su solemne significado. Empezó a cambiar su actitud despreocupada. Suponiendo que Jesús hablaba del pozo que estaba delante de ellos, dijo: “Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo: ¿de dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual él bebió?”⁹ Ella no veía delante de sí más que un sediento viajero, cansado y cubierto de polvo. Lo comparó mentalmente con el honrado patriarca Jacob.

Pozo de Jacob

Abrigaba el sentimiento muy natural de que ningún otro pozo podía ser igual al cavado por sus padres. Miraba hacia atrás a los padres, y hacia adelante a la llegada del Mesías, mientras la Esperanza de los padres, el Mesías mismo, estaba a su lado, y ella no lo conocía. Jesús no contestó inmediatamente la pregunta respecto de sí mismo, sino que con solemne seriedad dijo: “Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, para siempre no tendrá sed: mas el agua que yo le daré, será en él una fuente de agua que salte para vida eterna”.¹⁰ El que trate de aplacar su sed en las fuentes de este mundo, bebe tan sólo para tener sed otra vez. Por todas partes, hay hombres que no están satisfechos. Anhelan algo que supla la necesidad del alma. Un solo Ser puede satisfacer esta necesidad. Lo que el mundo necesita, “el Deseado de todas las gentes”¹¹, es Cristo. La gracia divina, que sólo Él puede impartir, es como agua viva que purifica, refrigera y vigoriza al alma.

Referencias Bíblicas:

1. Génesis 37: 12, 13
2. Juan 4: 3-6, 8
3. Génesis 26: 17, 18
4. Génesis 29: 1-10, 17-20
5. Proverbios 25: 21, 22; Mateo 25: 31-40
6. Juan 4: 7
7. Juan 4: 9
8. Juan 4: 10; Romanos 10: 8, 9
9. Juan 4: 11, 12
10. Juan 4: 13-14
11. Isaías 11: 10